

<<¡No pienses en eso, idiota!>>, se reprendió mentalmente. Menos mal que la cazadora era bastante buena. Aun así tenía bastante frío y no dejaba de pasear de un lado a otro, sin separarse nunca del camión, esperando que un coche atravesara la solitaria carretera por la que apenas pasaban ya los automóviles. Tal vez debería haber ido por la autopista, habría llegado a su casa en unas tres horas y Amparo y él podían haber celebrado el día de los enamorados con un buen revolcón como no sucedía hacía meses. Y tal vez debería haberse comprado un móvil, uno de esos aparatos que para él eran obra del diablo y no servían nada más que para traer más enfermedades. Y tal vez... <<¡Que te calles, hombre! ¿No ves que lo empeoras todo con tu soliloquio mental?>>.

Respiró hondo y su mirada vagó por la vacía carretera. Por unos instantes sintió miedo y apartó bruscamente la mirada, posándola en el camión que la oscuridad se tragaba como si de un túnel se tratara. “Transportes Martín, S.L. *Todo tipo de mercancías*”, seguido de un teléfono, podía leerse con dificultad, en letra de imprenta en el camión. Esa noche, por fortuna, había terminado antes el reparto de unos televisores y podía volver a casa. Sonrió, evocando a la morenaza que le había atendido en uno de los primeros pedidos. Sí, tenía que admitirlo, había sido un polvo memorable... Por unos instantes sintió una agradable sensación de calor y

enseguida detectó la zona que le ardía: la entrepierna; tenía unas ganas terribles de orinar. Se colocó detrás del camión, se desabrochó el botón del pantalón vaquero, bajó la cremallera y regó aquel olvidado pedregal. Cuando terminó y se estaba abrochando el pantalón vio el letrero que el camión ocultaba antes a su vista y, de soslayo, muy pegado su cuerpo al automóvil, pudo leer: “Motel Luna. 10 kilómetros”. Al principio se sintió eufórico. Enseguida su parte racional reaccionó. Frunció el ceño. ¿Y si se atrevía a caminar hasta el motel? Pudiera ser que allí encontrara un teléfono desde el que llamar a la grúa y, con mucha suerte, llegaría esa noche a dormir a casa. Después se mordió el labio inferior, titubeando:

–¡Diez kilómetros son diez kilómetros, leche! –Se dijo a sí mismo en voz alta. Una ráfaga de aire frío le golpeó el rostro a modo de respuesta, estremeciéndole de pies a cabeza, pero siguió cerca del cartel–: Y yo ya no estoy para esos trotes. Tengo cuarenta y cinco tacos...

Y realizaba poco o ningún ejercicio, debería haber añadido. Aunque era de constitución fuerte su peso se encontraba veinte kilos sobre el normal y el médico le había advertido, dos años antes, que moderara su afición a la bebida... y a otras sustancias no tan habituales. No era perfecto pero tampoco se le podía culpar de eso, ¿no? Todo el mundo cometía errores, todos los días, sin tomar en consideración a los demás. Él ya había pagado un precio

por sus equivocaciones, era justo que le dejaran vivir tranquilo... Tragó saliva, inquieto, y ahora luchó por fijar su mirada en el cartel para rechazar esos nefastos recuerdos que se preparaban para atacar en medio de la nada, al descubrirle desprotegido. Para calmarse, se repitió a sí mismo un par de veces: <<Nada de malos pensamientos, Antonio, que te conozco. Tú tranquilo, alguien vendrá. Mientras tanto deberías regresar al camión y dejar de darle vueltas a lo que nada bueno traerá>>.

Sonrió, conforme consigo mismo, se giró y se encaminó hacia el camión. Echó una última mirada a la carretera, que parecía una serpiente zigzagueando, buscando su presa, mostrándole feliz su lengua viperina y amenazándole con alcanzar sus más ocultos recuerdos, los que todos queremos guardar eternamente en una imaginaria caja de Pandora con llave y tirar ésta al río o, si es posible, eliminar por completo de la memoria. Abrió la puerta del camión y, cuando estaba a punto de subir, creyó escuchar el ruido de un motor acercándose por la carretera. El viento, pensó, me está engañando, juega conmigo, intenta burlarse de mí porque me hallo indefenso. No obstante, cuando miró hacia la negra serpiente, pudo vislumbrar, a lo lejos, las anémicas luces de los faros delanteros de un coche acercándose rápidamente. Volvió a cerrar la puerta del camión y, mientras veía aproximarse el automóvil, dudó sobre la manera de detenerlo. Finalmente se colocó en

mitad de la carretera, nervioso, pensando que estaba loco. El vehículo no parecía dispuesto a pararse y por unos segundos creyó que iba a ser arrollado. A escasos metros de él el coche se detuvo bruscamente, las ruedas gimieron, alguien gritó y él, satisfecho, se acercó corriendo a la ventanilla del conductor. Era una mujer. Ésta le miró con ojos aterrados y, en la penumbra, adivinó que estaba temblando. Antonio pensó que él no tenía un aspecto tan fiero como para asustarla de esa manera. Sonrió para tratar de tranquilizarla y preguntó con voz amable:

—¿Puede ayudarme?

Ella no contestó; si acaso emitió un pequeño gemido que resultó imperceptible a oídos del camionero. Antonio la observó detenidamente, esperando que le preguntara por su situación y le invitara a subir. La mujer, sin embargo, se limitó a mirarle de arriba abajo con miedo, como si ante ella tuviera a un fantasma.

—¿Puede ayudarme? —Repitió Antonio, impaciente.

Al no recibir respuesta, se apartó un poco, señaló el camión y, en ese instante, la mujer volvió a arrancar y se alejó a toda velocidad. Antonio se quedó de pie en la carretera, la mano derecha señalando el camión varado, incapaz de reaccionar ante lo que acababa de sucederle, asombrado, buscando sin encontrar una explicación al comportamiento de la mujer.

Dio una patada en el asfalto. La rabia le hizo olvidar

por un momento dónde se encontraba y la baja temperatura. En lo único que pudo pensar durante unos minutos fue en la mujer del automóvil. Alguna loca que se había escapado del manicomio, seguro. Y le tocó a él encontrársela en el camino. Menuda suerte tenía esa noche. Sí, sin duda era su noche de suerte. Si volvía a encontrársela alguna vez le reprendería duramente por su falta de educación. Así que decidió retener la imagen en su mente, a pesar de que la escasa iluminación le hacía dudar de si llegaría a reconocer a esa desconocida. Aún así podía hacerse una idea de cómo era. Una mirada oscura enmarcada en unos grandes ojos. Y llevaba un gorro gris perla que se incrustaba en su cabeza como si se hubiese encasquetado un cubo, del que escapaban unos eléctricos rizos rojizos. De eso podía estar casi seguro. Entonces rompió a reír. Definitivamente a esa mujer le faltaba un tornillo: ¡mira que conducir con un gorro puesto! ¡Y era horrible!. La envejecía a pesar de que no contaría más de treinta años. Su enfado se tornó en diversión al recordarla tan asustada. Estaba realmente aterrorizada. ¡Y él no era tan feo, diablos!

Arrugó la nariz y su rostro se ensombreció cuando dejó de reír y tomó conciencia de su situación. Seguía allí solo y probablemente el único coche que pasaría esa noche se había alejado con una loca al volante. Bien, pues no le quedaba más remedio que ponerse en camino y tratar de

alcanzar el motel antes de que la temperatura continuara bajando y descendiera hasta bajo cero. ¡Dios, menuda nochecita! Y lo peor de todo era que ya estaba cansado y aún estaba parado junto al camión. Sintió deseos de gritar pero sabía que en la silenciosa noche sonaría aumentado igual que...

<<¡Joder, Antonio, que no!>>, bramó para sus adentros. <<No lo hagas, por lo que más quieras, no pienses en eso, ahuyéntalo de tu cabeza y sonríe, sé feliz, piensa que esto es un mal trance pero que pasará igual que lo otro. Sí, piensa así y no compliques más las cosas>>. Casi gemía al hablarse a sí mismo, sentía un eco interior intentado grabar las palabras repitiéndolas incesantemente para serenarle.

Subió al camión y cerró la portezuela. En el interior se estaba mejor, aunque tampoco era mucha la diferencia. Intentó que el coche arrancara, en vano. Un infantil deseo de llorar se apoderó de él. Le aterraba quedarse solo durante toda la noche en esa carretera, los fantasmas del pasado danzando en derredor, riendo, llamándolo, recordándole que era un criminal, un borracho asesino.

Se mordió el labio inferior hasta hacerlo sangrar. Lanzó una maldición y buscó en la guantera un pañuelo de papel. Se lo aplicó sobre el labio con la mano izquierda y lo mantuvo durante unos minutos presionándolo con fuerza con los dedos. En ese momento le habría venido bien

escuchar un poco la radio, cualquier cosa, la cuestión era distraerse y dejar de pensar, apartar de su mente las pesadillas y los temores. Pero la maldita batería se había terminado y nada se podía hacer. Se preguntó qué estaría haciendo Amparo en esos momentos. ¿Viendo la televisión? Sí, seguramente estaría echada en el sofá, embutida en su pijama blanco con ilustraciones de gatos, con el mando a distancia colocado estratégicamente para cambiar de canal en cada intermedio. Buscaría algún programa de variedades o alguno de esos concursos para famosos donde donaban dinero después de embolsarse ellos más de lo que se destinaba a las asociaciones benéficas. ¡Menudo timo! No obstante, Amparo era feliz así, con la mirada puesta en los títeres del papel cuché y envidiándoles la suerte que tenían de ser ricos y famosos.

Abrió la ventanilla del coche y arrojó al exterior el pañuelo con la sangre reseca. Le invadió una sensación que él conocía perfectamente: la sed de alcohol. No llevaba ni siquiera un poco de coñac en la petaca. Estaba seco en todos los sentidos. Y el gusano le mordía las entrañas. Y la serpiente silbaba en su oído: ¡no puedes beber! Tampoco tenía con qué, sólo agua, y no le apetecía en absoluto.

Sacó la cabeza por la ventanilla, se asomó a la carretera rezando por ver los faros de un coche acercándose y lo único que vio fue una sombra. Gritó, volvió a introducir la cabeza en el camión y cerró la

ventanilla. Un sudor frío descendió como un maremoto de la frente e impregnó su rostro. <<Estás desvariando, amigo. Vas a terminar como la tía del coche y eso no está bien. Vuelve a mirar y ya no estará>>. No hizo caso de su subconsciente y esperó. No podía tratarse del muchacho, él lo sabía. Cerró los ojos y lo único que consiguió fue abrir la caja de Pandora de su mente y los terribles recuerdos saltaron en mil pedazos como pinceladas de colores oscuros.

El primer fotograma que apareció en su mente como una película mil veces visionada, mostraba a Antonio de parranda con sus amigos. Esa tarde había tenido una buena bronca con Amparo y él y sus amigos decidieron correrse una buena juerga y contratar a unas cuantas chicas. Todo marchaba sobre ruedas, nunca mejor dicho. El alcohol y alguna que otra sustancia no tan legal pasaba de manos en manos y él lo asimilaba todo sin saber, en algunas ocasiones, qué era aquello que le estaban dando. Después vino el sexo. Mucho sexo. Una orgía loca y desenfrenada. No recordaba cuántas veces mantuvo relaciones, sólo recordaba que cada vez era una distinta y que se sentía feliz, satisfecho, ajeno a todo lo que le rodeaba. No podría decir dónde se celebró aquella reunión, eso se perdió en quién sabe qué sucuchos de su memoria, pero lo que pasó después era tan nítido que no alcanzaba a comprender cómo aún en el estado en el que se encontraba, borracho,

drogado y hastiado de sexo, se había grabado en su mente a fuego y le obsesionaba, era su condena, la pesadilla de la que intentaba escapar cada día pero que le perseguía sin cesar.

La siguiente secuencia era menos festiva. Salió de donde quiera que estuviera al amanecer y se negó a que le acompañaran. De todos modos ninguno de sus amigos estaba en condiciones de conducir, es decir, se encontraban tan embriagados como él. Antonio quería que Amparo le viera llegar así a casa, tranquilo, contento, demostrándole que con él no se jugaba, que él mandaba en casa y no había nada más que decir. Subió a su camión y se despidió de alguien. ¿De alguna de las chicas? No lo sabía. Era una figura borrosa. Arrancó y se alejó. No sabía muy bien lo que hacía, ni hacia dónde iba, su mente no funcionaba en absoluto, sus reflejos estaban muertos en aquellos instantes, aniquilados por completo. Pero él quería llegar a casa y reírse de su mujer. Sí, quería reír y reír y reír... Era eso en lo que pensaba cuando escuchó los cláxones a su alrededor. Eran cientos, miles, millones de cláxones taladrándole el cerebro. Cuando se detuvo era demasiado tarde. Se había saltado un semáforo y un muchacho de unos dieciséis años estaba tendido en el suelo, inerte, sin vida. Lo demás volvía a sumergirse en un estado caótico y poco concreto: la policía, gritos, llantos. Y una mujer, seguramente la madre del joven, golpeándole duramente el rostro, llamándole

asesino con una crueldad y un odio tan intenso que Antonio aún se estremecía al recordarlo, siendo obligada por los guardias a apartarse de él. En la soledad triste, proveniente de la obscuridad, era como si la voz regresara del pasado:

—¡Asesino! ¡Asesino! ¡Mi hijo, asesino, mi hijo! ¡Eres un asesino!

Sí, un asesino. Pero apenas había estado cuatro años inhabilitado y tan sólo un año en prisión. Después había conseguido un trabajo con un amigo y, finalmente, quince años más tarde del suceso, abrir su propia empresa de transportes, una pequeña pero que le permitía vivir moderadamente bien. Bien visto no había tenido muchos problemas con la justicia. Sin embargo, su mente, su conciencia, sí le odiaba y le repetía a menudo que era un asesino. ¿Había él tenido la culpa de lo sucedido? Un error, un accidente no premeditado, él no quería hacerle daño al chico, se cruzó en su camino en el día menos señalado... ¡Mierda, pero él no debía haber subido al camión esa mañana! No, definitivamente no; tenía que haberse quedado en la casa donde había estado o haber llamado a un taxi.

Sacudió bruscamente la cabeza tratando de apartar de su mente cualquier recuerdo pero la imagen se quedó fija en su cabeza como el grito de la madre: un cadáver de un muchacho que, minutos antes, lleno de vida, atravesaba

inoportunamente una calle, repleto de sueños y esperanzas. Inoportunamente, sí; pero seguramente no fue el joven el inoportuno sino él. Él, idiota, que se había cruzado en su vida arrebatándosela porque tenía menos luces que una bombilla fundida. ¡Asesino! El grito. Tal vez eso le obsesionaba más aún que la imagen del chiquillo.

Abrió los ojos lentamente y tragó saliva. Decidió que tenía que salir del camión y enfrentarse a sus fantasmas. Con toda seguridad eran imaginaciones suyas, su subconsciente le había jugado una mala pasada, la oscuridad, la serpiente en zigzag que quería dominarle. Y se había dejado vencer. Pero ya no era un niño. Ni siquiera entonces dio mucho crédito a las historias de resucitados y de apariciones, era algo escéptico en cuanto a eso. Así que su comportamiento no estaba justificado y era infantil.

Hizo ademán de salir pero volvió a cerrar la puerta cuando apenas la había abierto unos centímetros. ¡Miedical, se dijo. ¡Anda que si te ven tus amigos se parten de la risa! Era una buena manera de envalentonarse, tratar de recordarse a sí mismo que ya era un hombre de cuarenta y cinco años, con más de una vivencia a sus espaldas, alguna que otra ilegal, y que no era el momento más idóneo de comportarse como su hijo pequeño.

Entonces lo escuchó y, del pánico que se apoderó de su cuerpo, el corazón le dio millones de sacudidas a un mismo tiempo. Era un sonido extraño. Clac, clac, clac...

Bueno, tal vez era el momento de plantearse la posibilidad de que existieran los fantasmas. Clac, clac, clac... Los sonidos se sucedieron con mayor rapidez cada vez y, dispuesto a enfrentarse con aquello que estuviera en el exterior, fuera lo que fuese, esperando encontrarse junto al cristal a un muchacho muerto con las cuencas de los ojos vacías anidadas por quién sabía qué putrefactos gusanos de ultratumba, se giró; y no pudo evitar lanzar una carcajada al ver frente a él a una muchacha de unos treinta años, más guapa que la anterior, con el cabello negro y recogido en una cola, helada por el frío que la recorría, llamando insistentemente al cristal.